



Ya se sabía desde antes que la literatura no sirve para nada. Los libros son una especie de fuegos fatuos que brillan momentáneamente sobre esta sociedad mercantilizada, llena de golfos especuladores y de tantos por cien. Que la literatura no sirve para nada es un antiguo y grave problema que el señor Sartre trató como es debido. Los escritores son unos seres alucinados, de pantalón raído, que toman café con leche sobre los mármolles veteados de las viejas botillerías, empeñados en cambiar las estructuras a base de sonetos o párrafos redondos y que caminan bajo el humaredo de la contaminación cazando moscas, premios literarios o menciones honoríficas que los próceres les arrojan como una rodaja de mortadela. Pero al menos la literatura y los

EL ESPECULADOR LITERARIO

escritores hasta hace poco eran algo que servía de contrapunto a las máquinas: una especie de arenilla entre los engranajes.

En nuestros días este juicio debe ser revisado. Modernamente se ha descubierto una nueva función de la literatura y un nuevo oficio para los escritores. Por lo visto ahora está de moda que cualquier especulador enriquecido con solares, cualquier tratante en granos o chorizos que se ha aprovechado del crédito a largo plazo, cualquier nuevo rico fabricado con golpes y estafas, cuando llega a la euforia de

la cumbre, coja y use a la literatura como capa de terciopelo para cubrir su osamenta de paleta y se rodee de escritores como comparsas de zarzuela para salir en los periódicos con smoking y pajarita.

El espectáculo es simple de montar. Se trata de instituir un premio literario dotado con un millón de pesetas, que es un número redondo que asusta a los plumíferos; se alquila el salón principal de un céntrico hotel de lujo; se contrata a las faraonas del cante para que se vea que el asunto es muy patriótico; se in-

vita a políticos, personalidades de la sociedad y a los agudos reporteros bajo el señuelo de la lubina dos salsas; se rifa un abrigo de visón o un robusto pollo de granja para dar alegría y sorpresa a la fiesta y los escritores acuden como moscas, los oradores entonan el panegirico al santo especulador, un tonto con facundia siempre dice a los postres que el patrocinador del premio es un hombre hecho a sí mismo, benefactor de las artes; los periodistas hacen una crónica del acto llena de adjetivos y el protagonista y cuatro memos se lo creen.

En efecto, la literatura y los escritores ya sirven de algo: de mullido almohadón para la florida rabadilla de los especuladores.

VICENT

